

Humor de Monsieur le Baron de Pum

¿Quiénes son estos señores que, al pie de un mamey tropical y frondoso, representan "El amor médico" de Moliere? El cuadro es sugestivo: No se ha pensado en La Notre para delinearlo. El jardinero clásico que una tradición intelectual ha venido refiriendo a la política de Luis XIV. no era estimado por estos señores lectores de Rousseavx; la mañana de julio se presenta clara, el jardín y el bosque, abandonados a la Naturaleza, se pueblan de pájaros; las chirimoyas, guayabos, árboles del achote y del añil, naranjos, laureles, cipreses, plátanos y olivos acotan el teatro natural; el diálogo fluye exacto; la música del mar cercano precisa los silencios de las pausas; un viejo sigue absorto los pasos de la comedia. ¡Ah! ¿Diego Pum? Nó, Monsieur Diego Pum, Monsieur le Baron de Pum. Hola, Monsieur! Je vous félicite. Esto es una broma: Monsieur es el molinero de Palacio—otra broma; Monsieur crée que habla francés y traduce en prosa y en verso admirablemente"—. Nueva broma. Ah, Monsieur: ha caído Vd. en la trampa de la inmortalidad, la más duradera broma; le han embromado a Vd. por los siglos haciéndole ese "Elogio del Barón de Pum, por Monsieur Formey, Secretario de la Academia de Ciencias de Berlín", colocando su nombre al pie del título de la "Gaceta de Daute", utilizando su firma para diversos papeles que Vd. no ha escrito. Ah, Monsieur, ha entrado Vd. en los juegos de un corro de elegantes y la elegancia, Monsieur, se apoya, como sobre dos alas, sobre la belleza y la gracia. Se ha salvado V. Monsieur, por tanto.

Ah, Monsieur, díganos Vd. cómo ha visto a un Vizconde, a un mayoralgo, a un abate, a un marqués, a una coronel, a un regidor, dándole caza, hasta durante una hora entera, a un murciélago; cuéntenos Vd. las

caídas, los tropezones, las carreras, los gritos, de estos graves señores, de estos grandes humoristas; cuéntenos Vd., Monsieur, cómo ocupando los diferentes trillos rodaban de casaca y peluca sobre la parva, a un tiro de cañón de Palacio, soñando una vida natural y sencilla quienes tan delicada y expresiva la llevaban; relátenos Vd., Monsieur, los saraos de noche, los conciertos de instrumentos, las contradanzas, los juegos, la conversación, las tocatas de bocinas, cohetes y triquitraques a las puertas de los de más pesado sueño; confiésenos Vd., Monsieur, la visita a una villa próxima de los alegres amigos y la divertida caza de andoriñas al vuelo, o la graciosa pesca de angilas, o las de tarrayas, liñas, redes y cañas tras la fatigosa jornada en burro. Ah, Monsieur, el humorismo, la delicadeza y la alegría, fuertes virtudes, elevados signos.

Mas, quiénes son estos caballeros? Ya le oímos a Vd., Monsieur, sorprenderlos en su bajada a la villa y en ruidosa cabalgata: Sineront, Ayudante mayor, montado en burro negro, surriago en mano; el Marqués de Villanueva, el Señor de Daute y el Abate Viera, en caballos de media rienda; los Sargentos mayores Molina y Urtusaustegui, con uniforme de sus respectivos cuerpos; el caballero Bethencourt, con mula empavezada; el Marqués de Guerra, Vizconde de Buen Paso y el Regidor don Lope, su hermano; los jóvenes Franchi y Valois; Criados de a pie y palafreneros; y un mey duque negro, con librea verde y encarnada, tocando un clarín y montando en asno rucio. He aquí la cabalgata del escándalo, la farsa grotesca y sus actores—sus propios autores—. He aquí la farsa, lo grotesco, el ridículo, el mamarracho. Y cuando todo esto se busca, cuando todas estas posturas se quieren, es que se es, en el fondo, un nivelador social. Ah, Monsieur, nuestros caballeros de la farsa se salvarán también, por ese punto de contricción que es comprender el ridículo, sentir lo grotesco, dudar de sí mismo.

Una página de la "Gaceta de Daute"—como tantas otras—da la medida de la sinceridad y la sencilla exactitud del grupo. He aquí la página—correspondiente al 21 de julio, en los Silos—para regocijo de Monsieur: "Hoy hemos celebrado en nuestra Parroquia los Corpus, por que antes no habíamos tenido lugar, y esta fiesta que ha sido la más magnífica y asistida de todo este siglo, merece una descripción circunstanciada. En efecto, una misa con un concierto de órgano, bajo, tambor, gaita y clarines; un sermón de amor por un orador de Buenavista, calvo y pariente de todos, que ha predicado cuatro y anduvo por él como gato por sobre brasas; una procesión con dos largas hermandades, con palio y guión llevado por un título de Castilla; caballeros de hábito, y oficiales de plana mayor; una carrera adornada de dos filas de ramos verdes clavados en la tierra y a ciertas distancias de arcos triunfales, y altares decorados de rosarios de tomates con padrenuestros de brevas, tortas, bollos, uvas, limones, quesadillas, pepinos, flores y garabatos: todo esto compuso una función majestuosa, extraordinaria y cargada de pompa: a lo menos así nos ha parecido a nosotros".

Cuando se llega a escribir así, con este fondo velado de tristeza—la tristeza de las cosas huera—, con esta condenación de las cosas cargadas, con este espíritu claro, se puede asegurar haber conseguido —y

sentido—la limpidez de pensamiento, y lo que es más, la intranquilidad de conciencia.

Ah, Monsieur le Barón Diego Pum, Monsieur le Meunier le du Cha-tear, Monsieur l'Abbé Viera, vuestras justas quejas, vuestras legítimas lamentaciones, las tengo yo recogidas. Yo sé de vuestro sufrimiento. Yo he leído vuestras réplicas a aquel vuestro dolor de antaño: "Este gran mundo de por acá es para todo esto muy estéril y anoruegado. Aquí un coronel es un pigmeo; un inspector, un arador; un comandante, un infinitamente pequeño; los tuertos, unos tuertos; los Rodríguez, unos Pérez; los títulos de Castilla, unos particulares (ésta es la voz); los grandes, unos Isequillas; las mujeres, unos resortitos". Yo conozco vuestro exacto alerta: "Por Dios, no dejar tomar ascendiente a los que Diego Pum había confundido. Este V. S. enterado que *coeteris paribus*, ha civilizado más la tertulia a nuestras Islas que todos los nuevos desengaños de Madrid a la Península. Item, que somos más antiguos y más universales". Yo sé de vuestro retorno a la patria insular—nuestra patria—"para ser un ente venerable y estúpido". Yo conozco, como vosotros, que "la Sociedad no es agradable en este país". Yo he leído, detenidamente, la triste sentencia de vuestra vejez dolorosa: "Con este acomodo en nuestra tierra—el Arcedianato de Fuerteventura—, me prometo una vejez tranquila y obscura, al modo que se dice lo pasan las almas de los buenos cuando separadas de sus cuerpos y del mundo, moran en unas islas afortunadas o campos eliseos, donde después de beber en el leteo el olvido de cuanto vieron, oyeron o supieron, se hartan de plátanos y membrillada, no respirando sino el aire de ignorancia y de las más canónica indolencia".

Ah, Monsieur, por todo, nuestro primer humorista, nuestro gran inadaptado. Vd., Monsieur, alegre en París, triste en Castilla, doliente en Canarias; Vd., Monsieur, autor de ese periódico de huanor que fué la "Gaceta de Daute". Vd., Monsieur...

ANDRES DE LORENZO-CACERES